



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Camacho, Álvaro
Los años sesenta: una memoria personal
Revista de Estudios Sociales, núm. 33, agosto, 2009, pp. 70-78
Universidad de Los Andes
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81511781007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Los años sesenta: una memoria personal

POR **ÁLVARO CAMACHO***

FECHA DE RECEPCIÓN: 19 DE FEBRERO DE 2009
FECHA DE ACEPTACIÓN: 5 DE MAYO DE 2009
FECHA DE MODIFICACIÓN: 14 DE MAYO DE 2009

RESUMEN

En el artículo se narra la memoria de un sociólogo colombiano formado durante la década de los sesenta del siglo pasado. Se trata de un intento de describir algunos de los rasgos más sobresalientes del período y de vincularlos con las experiencias personales del autor. Respecto de lo primero, se caracteriza la década como un período de profundas transformaciones sociales tanto en Colombia como en el mundo. En Colombia se trató de la caída del gobierno militar y del inicio del Frente Nacional, lo que supuso la restauración de la democracia política y de cambios importantes en la gestión del Estado, los partidos políticos y las prácticas políticas, especialmente en la Universidad Nacional de Colombia. En el mundo, la década fue también testigo de una revolución cultural que transformó la presencia pública de la juventud. El autor busca explicar la importancia de la relación entre biografía y procesos sociales, como un componente básico de la sociología.

PALABRAS CLAVE:

Memoria, cambios sociales, democracia, partidos políticos, cultura juvenil, biografía, sociología.

The Sixties: A Personal Memoire

ABSTRACT

This article narrates the personal experiences of a Colombian sociologist during the 1960s. It is an attempt to describe some of the period's most salient aspects and to relate them to the author's own experiences. It characterizes the 1960s as a period of profound social transformations in Colombia and the world. Colombia saw the fall of the military government and the beginning of the Frente Nacional, which implied the restoration of political democracy and important changes in state administration, political parties, and political practices, particularly in Colombia's National University. Worldwide, the decade witnessed a cultural revolution that transformed the public presence of young people. The article underlines the relationship between biography and social processes as a basic component of sociology.

KEY WORDS:

Memory, Social Change, Democracy, Political Parties, Youth Culture, Biography, Sociology.

Os anos sessenta: uma lembrança pessoal

RESUMO

O artigo conta as lembranças de um sociólogo colombiano formado durante a década dos sessenta do século passado. O trabalho tenta descrever algumas das características mais destacadas do período e vinculá-las com as experiências pessoais do autor. A respeito do primeiro, os anos sessenta são caracterizados como uma década de profundas transformações sociais tanto na Colômbia quanto no mundo. Na Colômbia, falamos da queda do governo militar e o início do Frente Nacional, que representou a restauração da democracia política e um período de mudanças importantes na administração do Estado, os partidos políticos e as práticas políticas, especialmente na Universidade Nacional da Colômbia. No mundo, a década também vivenciou uma revolução cultural que transformou a presença pública da juventude. O autor procura explicitar a importância da relação entre biografia e processos sociais, como um componente básico da sociologia.

PALAVRAS CHAVE:

Lembrança, mudanças sociais, democracia, partidos políticos, cultura juvenil, biografia, sociologia.

* Ph.D. en Sociología, Universidad de Wisconsin, Estados Unidos. Entre sus últimas publicaciones se encuentra: *Trujillo, una tragedia que no cesa* (coautor). Bogotá: Editorial Planeta, 2008; *Narcotráfico: Europa, Estados Unidos, América Latina* (editor). Bogotá: Universidad de los Andes, 2003 [publicado en España por la Universidad de Barcelona para el Observatorio de las Relaciones UE-América Latina, 2007]; *Academia y sociedad* (editor). Bogotá: Universidad de los Andes, 2009; *De narcos, paracracias y mafias*. En *En la encrucijada. Colombia en el siglo XXI*, ed. Francisco Leal, 387-419. Bogotá: Grupo Editorial Norma, Cesó, Universidad de los Andes, 2006. Actualmente se desempeña como director del Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales (Ceso) y profesor titular de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia. Correo electrónico: alcamach@uniandes.edu.co.

Los estudios sobre la memoria se han ido configurando en Colombia a partir de la intensificación y diversificación del conflicto armado, como una forma de revivir un pasado de violencia, pena y dolor, de dar la voz a las víctimas silenciadas, estimular necesarios duelos y exorcizar las dimensiones más crueles de las experiencias vividas. La memoria, así, se concentra en la privación de unas vidas para construir unas nuevas. De allí su inmenso valor. Pero en este texto voy a hacer una cosa completamente opuesta: voy a hablar de una memoria positiva, de una experiencia creadora y de una perspectiva de formación intelectual y personal grata e inolvidable.

Este relato está dividido en dos partes, que corresponden a las dos mitades de la década. Como se podrá ver en el texto, justamente en 1965 se produjeron cambios en la vida del sujeto de la memoria.

LOS PRIMEROS CINCO AÑOS

Voy a presentar esta memoria a partir de las experiencias personales de un joven ingenuo de clase media que se graduó de bachiller en un colegio bogotano regentado por unos sacerdotes extranjeros, profundamente reaccionarios e intolerantes, militantes del franquismo, y que luego cursó dos años de Derecho en una universidad que no tenía más de doscientos estudiantes, igualmente conservadora, en donde la orientación intelectual era la filosofía tomista y las prácticas docentes se concentraban en la exégesis de la normatividad jurídica.

Ese joven, en 1961 se arrepintió, sintió que su futuro estaba en otra clase de vida y se matriculó en la Universidad Nacional de Colombia, en la recién creada Facultad de Sociología. Allí se encontró que sus profesores serían Camilo Torres, Virginia Gutiérrez de Pineda, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, entre otros. Aunque algunos de ellos eran jóvenes aún, muy pronto se convertirían en personajes centrales de la vida académica y la política colombianas. Los dos últimos serían un año más tarde coautores de uno de los libros más esclarecedores del pasado reciente del país, la primera mirada seria y desprejuiciada de lo que después se llamaría la Violencia, así, con mayúscula. Se trató de *La violencia en Colombia*

(1962), que tuvo una edición restringida y, posteriormente, una comercial.¹

La Universidad Nacional de Colombia de ese momento era un espacio de debate público, los estudiantes aún portaban la gloria de haber sido fundamentales en la caída en 1957 del régimen del general Rojas Pinilla, un gobierno militar que había derrocado la dictadura conservadora gobernante desde 1946 y que posteriormente sería considerada una dictablanda.

A raíz de este cambio político los principales diarios del país, que habían sido censurados y clausurados, revivieron, lo que estimuló el debate político nacional y la escritura crítica, en particular en los campos de la intelectualidad. Colombia era una fiesta. Era el momento estelar del Frente Nacional, el pacto de los partidos Liberal y Conservador para reinstitucionalizar la política mediante la alternación de los partidos políticos tradicionales en la presidencia de la República y la paridad en los cargos públicos, como mecanismos para eliminar la violencia en los campos, propiciar la concordia y estimular la democracia. Ese era el decir.

El primer gobierno civil del Frente Nacional coincidió con el del presidente John F. Kennedy en Estados Unidos (1960-1963) y su política de cambio social, que en América Latina sería conocida como la Alianza para el Progreso. Si bien se trataba de una respuesta y una alternativa al triunfo de la Revolución Cubana y la dirección socialista en que ésta se encaminaba, y se trataba de evitar que los países de la región copiaran el modelo guerrillero, al mismo tiempo era una forma de estimular cambios sociales que eliminaran las raíces de los descontentos populares conducentes a la lucha armada.²

Colombia fue uno de los laboratorios de la nueva política, y un primer paso fue el diseño de una reforma agraria que modificara los términos de la tenencia de la tierra y satisficiera las demandas de las masas campesinas, que habían sido las víctimas principales de la Violencia, y cuya pobreza no se había modificado. Se pensaba que la dotación de tierras podría no solamente hacer algo de justicia, quebrar la tradicional dominación de terratenientes y gamonales, repararlos por la violencia de que habían sido víctimas, sino estimular la producción agrícola para abastecer a las ciudades.

1 Publicado por Ediciones Tercer Mundo en 1962. En 1964, en la misma editorial, se publicaría un segundo tomo.

2 Ver Leal (1994) y Palacios (1995).

La Facultad de Sociología desempeñó un modesto pero significativo papel, al menos para sus estudiantes: el Incora, el aparato creado para desarrollar la reforma, y en cuyo Comité Técnico estaba Camilo Torres, contrató con la Facultad una serie de estudios técnicos y en su realización los estudiantes aprendimos mucho más que en las aulas: salimos al campo, conocimos formas de vida y demandas campesinas, elaboramos informes técnicos y recogimos muchos testimonios de lo que había sido el período de la Violencia. Para el joven de esta historia la experiencia fue un descubrimiento que lo llevó a modificar de manera sustancial su mirada sobre su país.

Al mismo tiempo con los entusiasmos, se daban las insatisfacciones: el primer gobierno del Frente Nacional, en efecto, fue testigo de múltiples manifestaciones de descontento frente a las condiciones laborales. Un sindicalismo relativamente embravecido y consciente de que había recuperado sus derechos agitaba constantemente sus demandas, y era obvio que encontrara en el estudiantado un aliado solidario y combativo. Considérese que entre 1959 y 1965 los sindicalizados pasaron de 250.000 a 700.000 y las tasas de sindicalización subieron de 5,5% a 13,4% (Palacios 1995, 238-239).

En una ocasión unos huelguistas buscaron refugio en la ciudad universitaria, y la Policía se metió al territorio autónomo y soberano y arrojó granadas lacrimógenas a diestra y siniestra. Una de éstas, disparada con un fusil y por tanto dotada de una capacidad mortífera con un solo golpe, les fue lanzada al joven y a su compañera, quienes eran absolutamente inocentes e incluso ignoraban la presencia de los trabajadores en huelga. Iracundo, el joven por primera y única vez en su vida se unió a otros estudiantes y le echó piedra a la policía brutal, atrevida y bárbara.

En el campo de la política el Frente Nacional constituyó un pacto excluyente que no permitía que opciones diferentes de los partidos tradicionales participaran en las justas electorales y pudieran expresar institucionalmente sus intereses políticos. El caso era más evidente por cuanto en el continente se afianzaba la Guerra Fría. Esto suscitaba también un descontento que crecía y que hacía que la lucha contra el comunismo fuera la consigna generalizada de los gobiernos de la región (Leal 1994).

Al mismo tiempo el ejemplo de Fidel Castro y sus muchachos, sus triunfos y las ejecutorias de la Revolución Cubana, fueron llevando a que sectores campesinos frustrados porque el Frente Nacional, lejos de crear las

condiciones para una mejoría en sus condiciones de vida, los mantenía en su pobreza y exclusión, se alebrestaran y elevaran sus demandas de tierra, vías, crédito, mercadeo. Este proceso condujo a que algunos grupos guerrilleros que no se acogieron a la amnistía propuesta por el gobierno de Alberto Lleras (1958-1962), y que se mantuvieron organizados, e influenciados por el Partido Comunista, despertaran la histeria anticomunista de un importante dirigente conservador, quien desde el Senado de la República presionó al presidente Guillermo León Valencia (1962-1966) para que aniquilara las llamadas “repúblicas independientes”. El Presidente ordenó al Ejército que bombardeara la zona, lo que se tradujo en un éxodo campesino hacia el oriente del país. De esta agresión resultó la formación de unas autodefensas campesinas que resistieron la andanada y que sólo sufrieron la pérdida de unas cosechas y algunas gallinas. Allí se situó el origen histórico de la organización guerrillera Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC (Pizarro 1991), las cuales fueron emuladas por el Ejército Nacional de Liberación, ELN,³ y pocos años más tarde por el Ejército Popular de Liberación, EPL. Sin embargo, como un coletazo de la Violencia, en esos años algunos de los supérstites campesinos se fueron transformando en lo que el gobierno, la prensa y los partidos políticos tradicionales llamarían bandoleros, quienes convirtieron la guerra partidista y reivindicativa en una proliferación de bandas de saqueadores y criminales violentos (Sánchez y Meertens 1983).

Pero la lucha armada y la nueva violencia no agotaban la escena política. De manera paralela se gestó una oposición desarmada que proponía alternativas al pacto del Frente Nacional. El Movimiento Revolucionario Liberal, MRL, y la Alianza Nacional Popular, Anapo, se convirtieron en las expresiones más fuertes y organizadas de esa oposición. El primero se inició bajo la dirección de Alfonso López Michelsen como una crítica muy fuerte a la alternación de los partidos en el poder y la exclusión de opciones alternativas: consideraba que el cierre del sistema político restringía la democracia y propiciaba la continuidad de las élites políticas tradicionales en el poder. Élite que, al fin y al cabo, habían contribuido a desatar la Violencia de las décadas anteriores. A lo largo de su acción política fue ampliando el rango de sus demandas democráticas, y fue así como permitió la inclusión en sus listas electorales de ciudadanos que se ubicaban en la izquierda radical. Aunque el comunismo estaba legalmente vetado como partido, los represen-

3 Sobre los discursos fundacionales de las FARC y el ELN, ver Camacho (2002).

tantes de esa izquierda radical no participaron a nombre del partido y eso les permitió a algunos llegar hasta la Cámara de Representantes.

Más tarde el MRL se radicalizó más aún y llegó a proponer un programa alternativo de gobierno.⁴ Fue tal su crecimiento que en las elecciones presidenciales de 1962, López Michelsen, apoyado por el ala juvenil de la organización, denominada Juventudes del MRL, logró una apreciable votación, a pesar de que legalmente no podía aspirar a la Presidencia, ya que el turno le correspondía al candidato conservador Guillermo León Valencia (1962-1966).⁵ Poco tiempo después, el MRL se dividió y fue languideciendo hasta desaparecer. Su huella, no obstante, permaneció en la memoria de muchos colombianos jóvenes, algunos de los cuales siguieron la senda de la izquierda tanto armada como no armada.

La Anapo, en cambio, tuvo un origen diferente: se trató de la reivindicación del gobierno del general Rojas Pinilla, quien conservaba una importante cauda política, activada principalmente por su hija, María Eugenia, una dirigente aguerrida y bastante popular. Luego de una fuerte campaña para las elecciones presidenciales de 1970, el candidato del Frente Nacional se enfrentó al general Rojas. Aunque los eventos de la noche de la elección han sido objeto de múltiples debates, la Anapo consideró que el triunfo le había sido desconocido, lo que llevó a un intento de asonada popular que fue debelada por el presidente Lleras Restrepo. Misael Pastrana Borrero, el candidato del Frente Nacional, fue elegido para el período 1970-1974.

Pero el descontento no se expresaba solamente mediante la lucha armada o las agrupaciones políticas: la dinámica de los movimientos de masas independientes de esas agrupaciones se mantuvo, aunque con altibajos: sin embargo, el más notable de ellos fue el movimiento campesino, concretado en la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC. Esta organización tuvo un origen paradójico: fue impulsada por iniciativa del presidente Carlos Lleras Restrepo (1966-70) como mecanismo para organizar las demandas de tierras a través de la legislación agraria. Lleras insistía en la necesidad de establecer negociaciones mediante la acción organizada y concertada del campesinado. Pronto, muy pronto,

las masas se fueron organizando y ejercieron presiones tanto frente a la Presidencia como frente a los terratenientes, cuya resistencia a la nueva política era crecientemente militante (Escobar 1982; Zamosc 1982).

El movimiento se hizo muy fuerte, en especial en algunas zonas de la costa atlántica, en donde las condiciones de vida eran bastante miserables y la tenencia de la tierra se hallaba concentrada en pocas manos. Con el apoyo de agitadores y organizadores de izquierda, y con la participación soterrada de las incipientes organizaciones guerrilleras, el campesinado emprendió acciones, como invasiones de tierras y confrontaciones directas, tanto con los terratenientes como con las autoridades armadas del Estado. Lleras ciertamente se encontraba en un aprieto porque la dinámica campesina amenazaba con desbordar los límites de la legalidad y la tolerancia estatal.

La ANUC conservó su actividad, a veces apoyada por la Presidencia, a veces combatida, hasta el fin del mandato de Lleras. Pero años más tarde, en virtud del cambio en la orientación política del nuevo presidente, Misael Pastrana, los programas de reforma agraria se modificaron de manera radical, dificultando al máximo la posibilidad de expropiación de los terratenientes y la dotación de tierras a los campesinos. Manipulada y dividida desde los más altos resortes del Estado, la ANUC fue languideciendo hasta perder casi por completo su significación.

Ésta no fue, sin embargo, la única huella del gobierno de Lleras Restrepo. Dotado de una enorme capacidad de trabajo y orientado hacia una mirada moderna del Estado, Lleras encabezó una serie de reformas destinadas justamente a modernizar el Estado colombiano. Fue así como procedió a crear varios institutos descentralizados que tuvieron a su cargo la activación de nuevas líneas políticas: se trataba de institucionalizar una tecnocracia moderna que neutralizara a la burocracia tradicional, ya en proceso de severo desgaste gracias a la paridad frentenacionalista y la consecuente negociación permanente entre los partidos tradicionales.

No debe extrañar que estos desarrollos de protesta y confrontación y modernización suscitaban en los estudiantes apoyos y rechazos, que se expresaban en consignas de lucha, paros y confrontaciones constantes con las fuerzas del orden, pero también en debates dentro de la Universidad, uno de cuyos más fuertes epicentros era la Facultad de Sociología.

La vida académica continuaba en medio de las agitaciones. Camilo Torres y Orlando Fals Borda estimulaban y

4 El programa se denominó SETT, que significaba Salud, Educación, Tierra y Trabajo.

5 El truco de López Michelsen fue muy ingenioso: dado que los votos que obtuviera debían ser anulados, el candidato exigió que para hacerlo deberían ser contados. Así medía fuerzas con el candidato legal.

exigían el trabajo de campo: el contacto con campesinos y pobladores urbanos, e insistían permanentemente en la necesidad de someter todas las experiencias, informaciones, aseveraciones y lecturas a la implacable lente crítica de la confirmación empírica. Fals, en particular, era un enemigo declarado de los juicios de valor: su formación en la sociología norteamericana de los años cincuenta lo conducía por el sendero de un positivismo que en ocasiones rayaba en lo ingenuo o lo superficial. Este positivismo era, sin embargo, un antídoto frente a las elucubraciones grandilocuentes y gratuitas de los juristas que hasta entonces configuraban lo que era considerado como sociología. No en vano la formación que se inducía en los estudiantes hacía énfasis constante en el importante papel de la sociología en la modernización del país. Y al lado de los profesores colombianos habían llegado sociólogos europeos y estadounidenses que contribuían a morigerar el provincianismo y a abrir miradas más cosmopolitas sobre el mundo social, y al mismo tiempo familiarizaban a los estudiantes con corrientes teóricas y metodológicas novedosas.

Pero la vida en la Facultad no se agotaba en la academia: dado su pequeño tamaño, y la novedad que representaba la sociología en ese medio culturalmente bastante conservador de la Universidad, las relaciones sociales entre los estudiantes se estrechaban, las actividades colectivas eran frecuentes y hasta los estilos en el vestir diferenciaban a los presociólogos de otros estudiantes. Tanto que no era extraño oír a alguien decir “ahí va un sociólogo”. Esta innovación en la vida diaria se tradujo en que se armaban romances entre compañeros, y hubo más de un matrimonio posterior entre ellos.

El joven no escapó de esta tendencia, y fue así como siendo estudiante contrajo matrimonio con una colega, con quien había debatido tanto sobre teorías sociológicas y procesos sociales como sobre los temas más ardientes de la vida cotidiana. Y las relaciones con los profesores eran tan estrechas que Camilo Torres aceptó celebrar la ceremonia católica del matrimonio, no sin expresar sus dudas porque sabía, por debates anteriores, que el joven era incrédulo en materias religiosas. A Camilo, siempre consecuente con su orientación ética, no le parecía correcto que una persona no creyente en Dios adoptara la ceremonia católica. Así de fuertes eran las convicciones de Camilo. El joven lo logró luego de que le pidiera que, como alternativa, casara a su pareja. La hija de los recién casados nació cuando ellos aún eran estudiantes, y más de una compañera se dedicó a cuidar a la madre y a la pequeña, y la señora de los tintos se ofrecía a cuidar a la bebé mientras los padres asistían a las clases.

En esos años el joven aprendió también a mirar los procesos sociales con una buena dosis de entusiasmo que se combinaba con un enorme escepticismo por los cambios sociales que se producían, y que de alguna forma respondían a las transformaciones que introducía el Frente Nacional: así éste fuera un acuerdo entre las élites de los partidos y buscara un reacomodo de la hegemonía que habían visto debilitada, lo cierto era que había propiciado una dinámica cultural no vista en los años anteriores. Y si bien era un pacto para el olvido, la recuperación de las libertades públicas se tradujo en una eclosión de manifestaciones culturales (Rodríguez 2000, 2008): proliferaron las revistas culturales, textos sobre memorias de la Violencia, debates sobre el nuevo cine europeo y la novela contemporánea, en fin, un revivir de la cultura intelectual a la que no podían ser ajenos los estudiantes, y en especial los de la Universidad Nacional de Colombia, y más especialmente los de Sociología. Pero también, como le correspondía a la disciplina, las observaciones sobre la dinámica social suscitaban creciente interés por su estudio y enconados debates sobre su significado.

Bien miradas las cosas, esas transformaciones no correspondían de manera precisa a la década: ya desde unos años antes el país se venía transformando y sus cambios más significativos se proyectaron hasta la década siguiente. Sólo que en los sesenta tuvieron su más evidente expresión. Algunos ejemplos:

En el terreno de la hegemonía católica se estaba dando una confrontación entre la Iglesia y el Estado, que se tradujo en la pérdida de influencia de la primera respecto de las prácticas sexuales, lo que condujo a que se generalizara el control de las mujeres sobre sus cuerpos, y que se materializó en lo que se ha llamado la revolución demográfica, caracterizada por fuertes cambios en la fisonomía poblacional del país.⁶

6 Las cifras siguientes lo ilustran (Urrutia 1990):

- La esperanza de vida al nacer aumentó de 44 años en 1938 a 61 en 1978;
- la tasa bruta de mortalidad pasó de 30,5 por mil a 9 por mil; la mortalidad infantil se redujo de 200,2 por mil a 61 por mil;
- la tasa total de fecundidad (nacimientos por mujer hasta los 50 años) pasó de 7,04 en 1960-64 a 4,6 entre 1972 y 73 y a 3,4 en 1980;
- si para fines de los sesenta el promedio de hijos por familia era de 6, a mediados de los ochenta llegó a ser de 3,3 hijos;
- el país se urbanizó. Así:

Año	% cabeceras
1951	38,7
1964	52,0
1973	69,3

Los factores que más influyeron en estos cambios demográficos fueron el incremento en la urbanización y la educación, y la mayor participación de la mujer en el mercado laboral, al lado del acceso a la píldora y otros métodos de control de la natalidad: las mujeres así se hacían un poco más dueñas de sus cuerpos.

No hay que olvidar que el plebiscito de 1957 estableció que 10% del presupuesto nacional debería ser invertido en educación, y esto se tradujo en un crecimiento importante. En lo que respecta a la educación superior, en 1958 había 19.200 estudiantes universitarios; en 1980, 303.000; en 1984, 378.000. Este conjunto de cambios se concretaba en el desarrollo de unos sectores medios urbanos que produjeron transformaciones en las exigencias educativas y, en general, en patrones de vida, consumo, vivienda, y en un amplio conjunto de bienes y servicios.

Todo este panorama ha llevado a más de un analista de la década a considerarla como un momento crucial: un ejemplo de esas revoluciones que no estallan, pero que transforman la fisonomía de una nación. El entonces joven hoy acepta esta caracterización, aunque matiza el entusiasmo al recordar que varios de los nefastos componentes políticos de la década se siguen expresando en la actualidad, pero con obvias modificaciones: el clientelismo suscitado por el pacto del Frente Nacional (Leal y Dávila 1991) sigue vivo y su acción corruptora no encuentra freno; las prácticas de exclusión política continúan y la violencia concretada en la lucha política armada sigue propiciando muerte, desplazamientos, destrucción de núcleos familiares campesinos. Lo peor de todo es que esta forma de violencia se ha convertido en el mayor obstáculo para el desencadenamiento de nuevos cambios sociales, en especial, para el desarrollo de la democracia.

Pero dejemos ahí la primera mitad de la década, que obviamente está muy teñida por la mirada que sobre el país tiene hoy el ya no joven de los sesenta.

LOS SEGUNDOS CINCO AÑOS

En 1965, luego de terminar sus cursos, el joven y su compañera fueron a trabajar en la Zona Cafetera, a una escuela rural experimental, en la que tuvieron estrecho contacto con jóvenes campesinos cafeteros, y simultáneamente redactaban su monografía de grado, que versaba sobre la organización social en una de las colonizaciones promovidas por el Frente Nacional para do-

tar de tierras a campesinos víctimas de la Violencia. El recuerdo de los viajes de campo les permitía comparar las condiciones de unos campesinos arrojados a la mitad de la manigua con otros agricultores de la zona agraria interior del país y pertenecientes a lo que podría llamarse la “élite del campesinado”: los cafeteros, altamente protegidos por la organización gremial nacional.

Para su sorpresa, un día fueron informados de que la Fulbright les había concedido sendas becas para estudiar en Estados Unidos. Era un caso insólito, que una pareja recibiera esa doble financiación, y era algo que no se podía rechazar, a pesar de los temores de viajar a lo desconocido, con una hija de un año y medio y con limitadas habilidades para el idioma inglés. Aun así, se armaron de valor, vendieron sus pocas pertenencias y se compraron un montón de ropa, en la que dominaban las prendas formales como vestidos y corbatas, y que hubieron de ser desechadas rápidamente, al constatar que las vestimentas de los estudiantes estadounidenses eran radicalmente diferentes, y las de la pareja, así se creyeran ya profesionales, disonaban evidentemente con las de sus compañeros.

Era una época especialísima en Estados Unidos: aunque el presidente Kennedy había muerto un par de años antes, su memoria seguía viva, y el apoyo que le había dado al movimiento de los derechos civiles de los afroamericanos se expresaba en constantes agitaciones y manifestaciones masivas. A pesar de la formación antiimperialista del joven, no dejó de sorprenderse de la manera como en ese país las masas se podían expresar sin grandes temores, con un optimismo evidente, y cómo los afros recibían un apoyo masivo de la población blanca, especialmente de los jóvenes universitarios. Era claro que este caldero de agitación entusiasmará al joven y a su pareja y los empujara a participar en las manifestaciones colectivas.

Al mismo tiempo, Estados Unidos se embarcaba en la guerra en Vietnam, acción que rápidamente suscitó una oposición masiva entre la juventud universitaria. Dado que la invasión se manifestaba como una clara expresión imperialista y anticomunista, y que el esfuerzo bélico se traducía en la imposición del servicio militar obligatorio, los jóvenes de ese país expresaron de múltiples maneras su rechazo, quemaban sus tarjetas de reclutamiento, se manifestaban en las oficinas militares de alistamiento, lo que los llevó a más de un enfrentamiento con las fuerzas de policía. Y fue claro que contaron con el apoyo y solidaridad de jóvenes de otros países, especialmente de Europa, lo que hizo generalizar la protesta.

La universidad a la que asistía la pareja era una de las más activas contra la guerra: la agitación permanente iba acompañada de un despliegue cotidiano de actos culturales, en los cuales los jóvenes pudieron ver de cerca a algunas de las más notables personalidades del pacifismo.⁷

Al mismo tiempo se desarrollaba la gran revolución cultural, expresada en la música de Bob Dylan, Joan Baez, los Beatles, Pete Seeger y los Rolling Stones, entre muchos otros convocantes a la protesta, y en la configuración de nuevas miradas sobre el mundo. Música que venía acompañada de profundas transformaciones en la vida cotidiana: no solamente la moda en el vestir, sino el rechazo a la ética burguesa e hipócrita de los mayores, a la autoridad, junto con la exaltación de la idea de comunidad, el apoyo a los movimientos de liberación del Tercer Mundo, a los universitarios franceses y alemanes embarcados en cambios profundos en sus universidades y sociedades. Eran los *hippies*, quienes señalaron un nuevo camino para la juventud. Se trataba, en fin, del nacimiento de algo que perduraría por años y que marcó cambios sustanciales en el mundo de Occidente: el desarrollo de una subcultura juvenil. Estos jóvenes, sin duda, impusieron estilos de vida, relaciones interpersonales y concepciones éticas y políticas nuevas y dotadas de gran fuerza. Casi nada, pues.

Los entusiasmos políticos y culturales se unían al intensísimo trabajo académico en el que el joven estaba metido: cursos y trabajos escritos, ayuda a profesores para poder sustentar el pago de la matrícula y la subsistencia, y lectura, lectura constante. Esta actividad se combinaba con la enorme tristeza que le produjeron las muertes violentas de Camilo Torres, en 1966, y el Che Guevara, en 1967. En Camilo, el joven había encontrado un modelo de ética y valor, una forma de ser sociólogo y un revolucionario de corazón. En el Che, otro tanto. Y estas experiencias le advirtieron acerca de las contradicciones de la lucha armada, pues así en aquellos años ésta tuviera la imagen romántica del luchador por la democracia y el socialismo, las posibilidades de reeditar la experiencia cubana le parecían remotas: los

gobiernos de los países en los que había lucha armada habían aprendido la lección y no vacilarían en responder, combinando también todas las formas de lucha para conservar el poder y el privilegio.

Después de tres años y medio de este bombardeo de nuevas e intensísimas experiencias, la pareja y su hija regresaron al país a experimentar los cambios que se habían producido. Y encontraron a un estudiantado mucho más radical que el del pasado reciente, mucho más vinculado a la política nacional, en la que la lucha armada pesaba de una manera evidente. El recuerdo que tenía el joven de Camilo y el Che asumía un efecto diferente: lejos de amilanarse, los estudiantes radicales revivían y reverenciaban la memoria de los dos luchadores, e incluso un sector guerrillero había adoptado el nombre de Camilo en su identificación.

Era evidente que se habían producido otros cambios políticos: el auge guerrillero había crecido, y con éste se estrechaban las perspectivas del cambio mediante la acción de masas: esto se traducía, en la perspectiva del ya no tan joven, en que quienes tuvieran dudas sobre la eficacia de la lucha armada no encontraran muchos espacios para la acción política. Esto era bastante desconcertante.

La sorpresa mayor se la llevaron los recién llegados al ingresar al cuerpo docente de la Facultad de Sociología: durante su ausencia se había producido una revolución académica: Camilo estaba muerto, los profesores extranjeros se habían ido y el ex decano Fals Borda fue caracterizado como un agente del imperialismo y, por tanto, era un enemigo del que había que deshacerse. El resultado fue que Fals salió de la Universidad Nacional de Colombia y se marchó del país.

Los recién llegados entraron al cuerpo docente en compañía de otros ex alumnos, quienes regresaban con títulos académicos superiores y con un bagaje intelectual que consideraban importante y valioso para su labor académica. En el caso concreto de la pareja de esta historia, fuertemente imbuidos de una concepción moderna de la sociología, acompañada de una formación intelectual de izquierda. Para su sorpresa, un fuerte sector del estudiantado –los más radicales– consideró que sus nuevos profesores eran unos reaccionarios agentes del imperialismo yanqui que hasta empleados de la CIA podrían ser. Algunos radicales decían, en clara referencia a los nuevos, que había colombianos que de tales sólo tenían la cédula, porque sus conciencias estaban hipotecadas al imperialismo.

7 No puedo dejar de comentar, especialmente para quienes tuvieron ocasión de admirar a Muhammad Ali, el mejor boxeador de todos los tiempos, y quien fue despojado del título mundial por su oposición a la guerra, que éste participó en un acto masivo en la Universidad, y que el suscrito, quien había sido invitado a hablar a nombre de los estudiantes antiimperialistas del Tercer Mundo, compartió podio con él. De ese acto quedan una foto y el autógrafo de Ali, que el ya no joven guarda con celo y admiración.

El movimiento estudiantil, pues, había cambiado radicalmente: las adhesiones a organizaciones, armadas o no, externas a la Universidad estaban a la orden del día, y esto exigía nuevas ortodoxias y pugnas que suscitaban fieros combates ideológicos, y hasta físicos, en defensa de las diferentes líneas políticas de la izquierda en su dimensión nacional. Era muy difícil, para quien no estaba al tanto de los detalles, orientarse en ese mar de siglas y consignas: las del Partido Comunista y su brazo, la JUCO; las del MOIR y su brazo, la JUPA, o las de las muchas divisiones de las corrientes del marxismo-leninismo-maoísmo, o las vertientes de la llamada izquierda socialista, posteriormente ligada al trotskismo.

Estas radicalizaciones tuvieron un efecto muy complicado para la sociología: las orientaciones políticas tendían a sustituir la investigación empírica: la sociedad colombiana era caracterizada como feudal, o como semicolonía, o como capitalista atrasada, y estas caracterizaciones no necesariamente respondían a investigaciones concretas, sino a pincelazos orientados por las líneas políticas.

El ya no joven y su familia, ahora aumentada con un nuevo hijo, se marcharon a otra ciudad, en donde la pareja podría ejercer sus vocaciones de docentes universitarios. Allí él concretó sus simpatías por una de esas líneas, y durante un tiempo se dedicó a la militancia, lo que significó que se embarcó en muchos debates del más estricto orden universitario, porque la clase obrera, a la que le asignaba el papel histórico de hacer la revolución, simplemente no aparecía por ninguna parte. Era necesario buscarla, y para lograrlo era preciso ir a las fábricas a esperar la salida de los turnos obreros para venderles el periódico de la organización. Algunos lo compraban, pero no sin antes decir que lo hacían por solidaridad. Que lo leyeran era otra cosa, y más raro aún, que prestaran atención a los sesudos análisis y las consignas. Esto duró un tiempo, y ya se fue acabando la década y, por tanto, el tema de esta memoria.

¿Y POR QUÉ TODO ESTO?

¿Por qué recorro a esta experiencia personal (ahora ya puedo hablar en primera persona)? En primer lugar, porque la tenía atorada, y quería contarla. En segundo lugar, porque la década me marcó: ha sido la más importante de mi vida, y creo que la vinculación de la biografía personal con los desarrollos sociales tiene una enorme importancia para el ejercicio intelectual del sociólogo, ya que permite que las vidas privadas adqui-

ran sentido. Esta actitud ha sido producto no sólo de la experiencia sesentana: también, en parte, de un libro que marcó mi vida. Se trata de *La imaginación sociológica*, de Charles Wright Mills. Decía Mills que “la imaginación sociológica nos permite captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad. Ésa es su tarea y su promesa [...] Ningún estudio social que no vuelva a los problemas de la biografía, de la historia y de sus intersecciones dentro de la sociedad ha terminado su jornada intelectual” (1961, 25-26). Y más adelante insistió en que el analista social tiene que entender que es preciso vivir los problemas personales como públicos, y los públicos como privados. A mí me permitió adquirir una mirada y una actitud particulares sobre el mundo social; mirada y actitud que aún hoy me inspiran. Quien haya vivido con intensidad una revolución cultural como la de los años sesenta y no se sienta profundamente influenciado por ella, con seguridad ha echado en saco roto su memoria. ☺

REFERENCIAS

1. Camacho, Álvaro. 2002. Credo, necesidad y codicia: los alimentos de la guerra. *Análisis Político* 46: 137-150.
2. Escobar, Cristina. 1982. *Trayectoria de la Amuc*. Bogotá: Cinep.
3. Fals Borda, Orlando y Eduardo Umaña. 1962. *La violencia en Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
4. Leal Buitrago, Francisco. 1994. *El oficio de la guerra. La seguridad nacional en Colombia*. Bogotá: IEPRI - Tercer Mundo Editores.
5. Leal Buitrago, Francisco y Andrés Dávila. 1991. *Clientelismo. El sistema político y su expresión regional*. Bogotá: IEPRI - Tercer Mundo Editores.
6. Mills, C. Wright. 1961. *La imaginación sociológica*. México: Fondo de Cultura Económica.
7. Palacios, Marco. 1995. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Editorial Norma.
8. Pizarro Leongómez, Eduardo. 1991. *Las FARC. De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*. Bogotá: IEPRI - Tercer Mundo Editores.
9. Rodríguez, Nicolás. 2000. *Arte y memoria: hacia una redefinición del imaginario político en Colombia*. Tesis de pregrado en Ciencia Política, Universidad de los Andes.

10. Rodríguez, Nicolás. 2008. *Los vehículos de la memoria. Discursos morales durante la primera fase de la violencia (1946-1953)*. Colección Prometeo. Bogotá: Universidad de los Andes.
11. Sánchez, Gonzalo y Donny Meertens. 1983. *Bandoleros, campesinos y gamonales*. Bogotá: El Áncora Editores.
12. Urrutia, Miguel. 1990. *40 años de desarrollo social. Su impacto*. Bogotá: Banco Popular.
13. Zamosc, León. 1982. *Los usuarios campesinos y la lucha por la tierra*. Bogotá: Cinep.

